

sobre los ingenios, especialmente cuando, á fin de medir sus fuerzas, van á entrar en la liza; venid, venid á ver la elocuencia desplegando por una parte todo su vigor y por la otra toda su sutileza. Una gran lucha principia; un grande espectáculo se prepara, grato á los ojos tan inteligentes como los vuestros.

BACO. « Dignos campeones, ántes de empezar, invocad á los númenes.

ESQUILO. ¡Oh tú, Céres, en cuyos misterios estoy iniciado! haz que aparezca digno de tal honor.

BACO. Tú también, Eurípides, quema incienso, é invoca á los dioses.

EURÍP. Quemaré incienso, sí; pero, te prevengo que mis dioses son distintos de los tuyos.

BACO. ¿Tributas culto á divinidades particulares y de institucion reciente?

EURÍP. Sí, muy reciente.

BACO. Pues bien, invoca á esas divinidades.

EURÍP. Éter, ¡de qué me alimento! ¡ligera charla! sutileza, fértil en subterfugios! y tú, ¡sublime arte de conocer al auditorio! os invoco, para que me ayudéis á rebatir las razones de mi adversario y á vencerle.

CORO. Nosotros también deseamos que estos hábiles ingenios nos inicien en los secretos del grande arte de la disputa, y en las delicadezas del idioma, pues nuestro modo de hablar es agreste en comparacion del suyo. Por otra parte, ¿hay nada mas interesante que ver la lucha de dos antagonistas como estos, ambos decididos, ambos emprendedores? Al fin podemos oírlos y comparar las sentencias acicaladas y el estilo florido del uno con el acento varonil, las palabras emanadas del corazón y la profundidad del otro.

En seguida comienzan á disputar los dos poetas: primeramente Eurípides exagera sus méritos, rebajando los de Esquilo y echándole en cara que hace hablar demasiado al coro y poco á los personajes, que usa palabras hinchadas, altisonantes, que inventa seres sobrenaturales, miéntras que él hacía discurrir á sus actores desde el principio al fin y ponía en sus labios argumentos sutiles.

« No me he contentado con civilizar á la plebe, sino que he educado también á los esclavos, dándoles destreza, industria, aptitud para entender de todo, para mezclarse en todo y administrar lo interior de la casa mucho mejor que los amos; para prever lo futuro, juzgar sanamente de lo actual y conocer por medio de conjeturas infalibles dónde ha pasado lo que falta. »

BACO. Dice la verdad. Por eso cada ciudadano de Atenas, al entrar en su casa, la primera pregunta que dirige á sus esclavos es: — ¿Dónde está la marmita? ¿Quién se ha comido esta cabeza de méndola? ¿Cómo! ¿ya está rota la hermosa sopera que compré el año pasado? ¿Qué es de la provision de ajos que hice ayer?

¿Quién ha gastado todo mi aceite? Pregunta esto á los que no lo saben, con los carrillos caídos, á los necios, que como otros tantos Mamacutos y Melitidos (1) se echan á descansar.

CORO. ¿Esto estás viendo, insigne Aquiles (2)? ¿sufirás impunemente tal ataque? Deseo oír tu contestacion. Entra en liza; pero que la cólera no te ciegue y arrastre mas allá de la meta (3). Modérate pues, valeroso campeón, todo lo posible. No vayas á desplegar todas tus velas; al contrario, recógelas y no te internes en el mar sino por grados, considerando que nunca tendrás mas por qué temer como cuando el viento te sople de lleno por la popa. Ya es tiempo de que hables. ¡Oh, tú el primero entre los Griegos que ha sabido construir grandes edificios de palabras, y á quien la musa trágica debe tanto lustre! rompe el dique del silencio y parte semejante á un torrente.

ESQUILO. Estoy, lo confieso, lleno de ira al verme comprometido en tal lucha, y mi bilis se enciende al contemplar el rival con quien debo medirme. Mas para que luego no se alabe de haberme confundido y dejado sin tener que responderle, descenderé hasta él. ¡Contéstame! ¿Qué es lo que se debe admirar en un poeta?

EURÍP. La destreza y la doctrina; con aquella ayudada de esta, he llegado á conseguir que sean mejores los ciudadanos.

ESQUILO. Y si en lugar de mejorarlos, lo que has conseguido es que sean peores, ¿qué castigo mereces?

BACO. La muerte. Pero á mí, y no á él, debes dirigir tus preguntas.

ESQUILO (*siempre á Eurípides*). Veamos primeramente cómo los recibiste de mí. Encontraste á los hombres generosos y de una grandeza colosal. Ninguno se negaba á desempeñar los cargos públicos; ninguno era vagamundo, perverso ni de mala fe, como acontece hoy. Todos respiraban mas guerra; no hablaban sino de picas, no se ocupaban sino en tener limpias las diferentes piezas de su armadura, y cada uno abrigaba en su pecho el valor de siete leones.

EURÍP. ¿Y qué trazas te diste para infundirles tanta bravura?

BACO. Responde, mi querido Esquilo, y no seas por orgullo demasiado grave y lento en contestar.

ESQUILO. Exalté un heroísmo con un poema que al intento compuse.

EURÍP. ¿Cuál?

ESQUILO. *Los Siete delante de Tébas*, pues cuantos presenciaron aquel espectáculo, se sintieron abrasados de belicoso ardor.

EURÍP. Y yo sostengo que hiciste mal en

(1) Hombres estúpidos y mentecatos. Segun parece, el primero era el argumento de una comedia de Epiro, ó, segun otros, del cómico Platon.

(2) Verso de los *Mirmidones* de Esquilo.

(3) Literalmente: *de la otra parte de los olivos*. Al cabo del estadio para las carreras de caballos había una hilera de árboles de olivo, que no se debían traspasar.

eso; porque tus *Siete delante de Tébas* sirvieron al mismo tiempo para excitar el valor de los Tebanos. Merecerías de consiguiente mil golpes (1).

ESQUILO. Los que me han sucedido hubieran podido elegir, como yo, asuntos heróicos; pero han dado otro giro á su talento. En cuanto á mí, puedo decir que con mi tragedia de los *Persas* encendí en el corazón de mis compatriotas un increíble deseo de vencer aquella nacion, y me lisonjeo de que he hecho así un gran servicio á mi país.

BACO. ¡Sin duda! Mi gozo fué extraordinario al saber la muerte de Darío, y al oír los vítores del coro y los aplausos de los espectadores.

ESQUILO. Esos son los asuntos que deben elegirse; y para probarte que todas las ventajas de la sociedad proceden de la elevacion de inteligencia de los poetas, quiero que me digas si no debemos á Orfeo los ritos y las fórmulas sagradas, por cuyo medio el hombre se concilia el favor de los dioses, y aquella hermosa máxima: — Comer un asesinato es un crimen que nada puede expiar. — ¿No nos ha enseñado Museo en sus poemas muchos remedios contra las enfermedades y multitud de pronósticos utilísimos? ¿Hesiodo no ha sujetado á leyes la agricultura, marcando la época y el modo de verificar la siembra y de recolectar los frutos? ¿De dónde emana la gloria de Homero, de dónde el culto que se tributa á este divino cantor, sino de haber descrito las batallas de los ejércitos, y de haber celebrado las hazañas de los héroes?

BACO. Sin embargo, Homero con todo su saber no ha podido hacer de Pantáculos sino un idiota y un cobarde, tan poco diestro en el manejo de las armas, que se le ha visto atarse el casco por detras, ántes de haberse encajado la parte superior del yelmo.

ESQUILO. En recompensa la lectura de Homero ha producido muchos valientes, entre ellos el héroe Lamaco. También yo me he esforzado en ajustar los personajes de mis tragedias á los de ese gran poeta; y lo prueban mis Patroclos, Teucros y Timoleones, dignos modelos para la imitacion de mis compatriotas, y capaces de hacerlos estremecerse de impaciencia al ruido de la trompeta guerrera. Lo que yo no he conocido jamas son Fedras ni Estenobeas; y no me acuerdo de haber sacado nunca á la escena ninguna heroína agitada de los furios de Venus.

EURÍP. ¡Por Júpiter! lo creo; porque ¿cómo habias tú de pintar á Venus, no poseyendo nada de lo que le concierne?

ESQUILO. Ni me importa. ¡Te lo cedo, á ti y á tus sectarios, pues Venus te perderá, hombre indigno!

BACO. Esquilo tiene razon; porque es pro-

(1) Aludía á la union de los Tebanos con los enemigos de Atenas, y á las desgracias de esta, que dos años ántes se habia visto obligada á entregarse á Lisandro.

bable que tú hayas experimentado lo que atribuyes á los demas.

EURÍP. ¡Dime, necio moralista! ¿qué mal han producido al Estado mis Estenobeas?

ESQUILO. Enseñar á los hombres y mujeres de distincion á beber la cicuta, inducidos de su estúpida admiracion hácia tu Belerofonte.

EURÍP. ¡Y qué! ¿acaso soy yo el primero que he hablado de los amores de Fedra?

ESQUILO. Estoy muy lejos de concederte ese mérito. Nada mas trillado que ese asunto. Pero ¿no es el deber de un poeta ser decente, y ocultar á los ojos del espectador lo que merece tenerse oculto? El maestro de escuela no enseña á sus discípulos sino los preceptos adecuados á su edad; y el poeta es el maestro de escuela de los adultos, y no debe presentar á su vista sino ejemplos respetables. Nuestro primer deber, por lo que toca al teatro, es favorecer las buenas costumbres.

¡Pues qué! ¿no conviene que la energía de la expresion corresponda á la dignidad del pensamiento y que los semidioses hablen un idioma mas que humano? ¿No es justo que se note en la diction de esos personajes sobrenaturales la misma diferencia que los pintores establecen en sus vestidos? Estas son las reglas que yo te habia mostrado y que tú no has querido seguir, obrando en ello indignamente.

EURÍP. ¿Qué indignidades he cometido?

ESQUILO. Primeramente, no has tenido reparo de introducir en la escena reyes cubiertos de harapos, para interesar mas á los hombres del vulgo en las desgracias.

EURÍP. ¿Y qué mal ha resultado de ahí?

ESQUILO. Que los ciudadanos mas ricos, así como los de mediano caudal, no quieren contribuir hoy al armamento de las galeras; se visten de un modo mezquino, y gritan que están pobres, no avergonzándose de ir harapientos como tus reyes.

BACO. Es cierto, y yo conozco algunos que debajo de esos andrajos llevan una almilla de fina lana, y que bajan y apartan los ojos, siempre que en la pescadería se les ofrece género no muy bueno.

ESQUILO. Además, te se reprende con justicia tu garrulidad, y esa inagotable profusion de palabras que ha echado á perder hasta las escuelas de niños; porque, ¿cuál de ellos no ha sido azotado por haber balbuceado insolentemente alguna de tus máximas á sus preceptores? Hasta has enseñado á nuestros grumetes á tenérselas firmes con el piloto. En mi tiempo no sucedia eso; pues no sabian mas que pedir su galleta y gritar *Rhyppapæ*.

BACO. Es verdad. Entónces un remero se contentaba con enviar malos olores al remero siguiente, ó con emporcar el banco en que estaba sentado. No bien ponía el pié en tierra, el robo era su recurso, y no entendia una palabra de moral ni de política. Hoy todos hablan, todos disertan, y no hay quien reme.

ESQUILO. ¿Qué atentado no se le puede echar en cara? ¿No es él quien ha introducido en las escenas corruptoras de la juventud, mujeres embarazadas que van á parir á los templos, y otras que cometen incestos con sus hermanos, y dicen que la vida no es vida (1), sino muerte? ¿No es él la causa de que nuestra ciudad está llena de escribas, de bufones, y de máscaras de ciudadanos, en vez de ciudadanos verdaderos, que engañan al pueblo diariamente? Entretanto, no se encuentra quien corra con una antorcha (2) en la mano en las fiestas Panateneas, sin detenerse para respirar ni dejarla que se apague.

Aristófanes comprendía la sublime misión de la poesía, especialmente de la teatral, mejor que esos censores que aclaman hoy como nuevos ciertos principios de una moral literaria mezquina y que consiste toda en meras exterioridades. Por otra parte debemos formarnos una alta idea de la civilización de los Atenienses, pues que podían asistir al teatro á un exámen de esta especie, el cual, además de la sensatez en punto á doctrinas, exigía tener presentes los varios dramas á que se hacían las aplicaciones, y no solo el conjunto, sino también las particularidades. Á estas descendían en su litigio los dos trágicos, examinando los prólogos de algunas piezas y luego los coros líricos; hasta que se determina que ambos pongan en la balanza aquei de sus versos que estimen mejor; y el de Esquilo triunfa siempre. Baco se resiste á sentenciar entre ellos, porque Eurípides le divierte, al paso que su rival le instruye; sin embargo, dice:

He venido aquí en busca de un poeta.

ESQUILO. ¿Con qué objeto?

BACO. Para que ahora que está salvada nuestra ciudad, pague un coro (3). Llevaré, pues, conmigo, al que estime mejor consejero. Primeramente ¿qué aconsejáis vosotros respecto de ese Alcibiades que ha colocado á Atenas en tan arriesgada situación?

EURÍP. Yo aborrezco un ciudadano tardo en servir á su patria y pronto en ocasionarle perjuicio. Léjos de mí todo ateniense que busca su bien con detrimento de la causa pública. Tal es mi modo de pensar.

BACO. ¡Perfectamente, por Neptuno! Y tú, Esquilo, ¿qué dices?

ESQUILO. Guardáos de alimentar en la ciudad al cachorro del león, y mucho menos al león mismo, pues si cometéis esta imprudencia, es seguro que os dará la ley.

BACO. ¡Por Júpiter! ahora me siento mas perplejo que nunca y no sé qué decir, porque los dos antagonistas se han mostrado á cual mas prudente y oportuno. Probémosles de

(1) Alude segun parece, á un verso de cierta pieza de Eurípides, que decía: *¿Quién sabe si el vivir no es un morir, y un vivir el morir!*

(2) Alude á la carrera de lámparas.

(3) Esto es: haga recitar tragedias. Era pagado el coro trágico por el Estado y por los ciudadanos mas ricos.

nuevo. ¿Qué esperanza de salvación queda aun á Atenas? ¿Sería acaso, sujetar, como si fuesen alas, á Cleocrito á la espalda de Cinesias, y en seguida arrojar á este último de lo alto de una torre al mar, confiando al viento el cuidado de sostenerle en el aire?

EURÍP. ¿Á pesar de lo ridículo que pueda parecer ese consejo en cuanto á la forma, le encuentro muy sensato por lo que respecta al fondo.

BACO. ¿Ó bien, si Atenas diese un combate naval, tener un número suficiente de ciudadanos provistos de acetábulos, para arrojar vinagre á los ojos del enemigo?

EURÍP. ¡Oh! conozco al autor de ese consejo; pero, no creo que esta consideración deba cerrarme la boca.

BACO. Habla, pues.

EURÍP. En mi dictámen, lo que salvará á los Atenienses, es que empien á desconfiar de aquello en que han puesto su confianza, y por el contrario, que se fien de lo que excita hoy su desconfianza.

BACO. No lo comprendo bien; te agradeceré que uses de un estilo mas claro.

EURÍP. Nos salvarémos, desconfiando de los ciudadanos en quien hemos depositado una fe ciega, y valiéndonos de aquellos que hemos creído inhábiles hasta ahora. Porque, conociendo la causa de nuestra actual ruina, es incontestable que si suprimimos esa causa, si mudamos de medios, nos encontraremos bien.

BACO. ¡Perfectamente, por Palamedes (1)! Es un rasgo de ingenio que te honra. Pero, dime, ¿es obra tuya exclusiva, ó te ha ayudado en ella Cetisefonte?

EURÍP. Es mia sola. En cuanto á los acetábulos, de que nos hablabas hace un momento, la gloria de la invención pertenece á Cetisefonte?

BACO. Y tú, Esquilo, ¿qué nos dices?

ESQUILO. Antes quiero que me informes sobre la clase de ciudadanos de que se sirve hoy la república: ¿son ó no probos? ¿De dónde nace su mala reputación actual? ¿El deseo de Atenas es favorecer y emplear á gente perversa?

BACO. De ningún modo; pero se vale de ellos como instrumentos en las grandes ocasiones.

ESQUILO. Por consiguiente, son los malvados los que merecen su satisfacción.

BACO. No por cierto; pero se sirve de ellos en caso necesario.

ESQUILO. ¿Y como podrá nadie salvar á una ciudad, donde no convienen ni vestidos de lana, ni pieles (2)?

(1) Palamedes, héroe de la guerra Troyana, fué célebre por su fecundo ingenio y sutiles invenciones. Eurípides le había tomado por tema de una de sus tragedias.

(2) Modo proverbial para decir que no sabe declararse abiertamente ni en favor de los buenos ni en favor de los malos. Conoce la perversidad de estos, y sin embargo, se sirve de ellos.

BACO. No te detenga esa idea; dí lo que estimes mejor en ese punto.

ESQUILO. Atenas se salvará, cuando se persuada de que la tierra enemiga es la suya y vice versa; cuando se abra camino al traves de las dos y desconfie de la senda terrestre, considerándola rodeada de peligros.

BACO. ¡Excelente consejo! ¡Lástima que su autor esté debajo de tierra, y sin relaciones con sus compatriotas (1)!

PLUTON. Ya es tiempo de que pronuncies tu fallo.

BACO. Mi querido Pluton, á vos os dejo ese cuidado, y os podéis tomar para meditarlo todo el plazo que gustéis. En cuanto á mí, obedeciendo solo el dictado de mi conciencia, voy á llevarme el que mas me agrada de los dos.

EURÍP. En este caso, recuerda, ¡oh Baco! el juramento que hiciste á los dioses infernales cuando descendiste á su imperio, de que venias en busca de Eurípides. En una palabra, resérvame tu elección.

BACO. Mi lengua (2) ha jurado por Eurípides; pero mi corazón se decide por Esquilo.

PLUTON. Vé, pues, mi querido Esquilo; parte lleno de alegría, y salva la República con tus buenos consejos. Allá arriba encontrarás muchos individuos sin seso y que necesitan de tus admoniciones para saber conducirse. Toma, llevarás de mi parte este pequeño presente á Cleofonte, y á los arrendadores de contribuciones públicas de Atenas, Mirmex, Nicomaco y Arquenomo (3). Diles que no tarden en venir á verme, pues si no se despachan, iré yo mismo á atarlos, molerlos á golpes y precipitarlos de la mansión de los vivos á las entrañas de la tierra, en compañía de Adimante y Leucolofo.

ESQUILO. Así lo haré. Entretanto, darás mi puesto á Sófocles para que me lo guarde hasta que vuelva, pues de todos los poetas es el que merece, faltando yo, quedarse en mi lugar. En cuanto á Eurípides, no olvides que es un charlatan fútil, que no tiene mas que pico y astucia; por lo mismo, no permitas que se sienta nunca en el sitio que yo he ocupado, ni aun so pretexto de que lo hace á pesar suyo y obligado á ello.

Cuando despues la extinguida aristocracia quitó la libertad de tratar de política y de zabeir á los particulares, la comedia de Aristófanes degeneró y sus sales perdieron toda la gracia. De este último estadio nos queda el *Pluto*, donde censura un vicio de todas las épocas y de todos los países, la avaricia, por la cual, segun Aristófanes, en Atenas no habia

(1) Los tributos que exigía Atenas eran empleados, en gran parte, en la distribución de dinero que se hacía á los jueces.

(2) Irónica cita de aquel célebre verso de Eurípides: *Juro la lengua, mas no juró el corazón.*

(3) Orador lagajoso y cambalachero.

iniquidad que no se cometiese, llegándose hasta hacer el papel de espía. Aristófanes supone que el honrado anciano Cremilo habia consultado al oráculo sobre la educación que debería dar á su hijo, y que Apolo le habia contestado siguiese atentamente al primero con quien tropezase al salir del templo. Encontró á un viejo ciego, desconocido, y habiéndole conducido á su casa, supo allí que era Pluto, el dios de la riqueza. Resuelve, pues, hacerle recobrar la vista, y lo consigue por un milagro de Esculapio; en recompensa de lo cual Pluto le enriquece á él y á su familia. Pero la Pobreza acude en queja, mostrando los bienes que acarrea á los hombres, y los muchos males de que son origen las riquezas. Los viejos la maltratan, la destierran; mas como sobrevienen muchas personas lamentándose de los perjuicios que les habian ocasionado las riquezas, ellos se retiran, y colocan el dios Pluto detras del templo de Minerva, donde están los depósitos regios y la estatua de Júpiter.

Lo particular de esta comedia es el tono de ironía contra los dioses que domina en ella: como prueba, transcribiremos la escena en que se zabiere el milagro de Esculapio.

CARRION ESCLAVO.

Al templo despues nos fuimos,
Y poniendo en los altares
Las tortas, y lo que suele
Preceder en casos tales,
Y la salsa mola al fuego
Puesta, hicimos se acostase
Pluto, como se acostumbra,
Y cada cual por su parte
Formamos nuestras camillas.

LA MUJER DE CREMILO.

¿Y hubo otros que suplicasen
Al dios?

CARRION.

Uno de ellos era
Neoclides (1), que no obstante
Ser ciego, excede en hurtar
Á los de ojos perspicaces;
Y otros muchos acosados
De varias enfermedades.
Despues mandó el sacerdote
Que las luces se apagasen,
Y que se acostasen todos;
Advirtiéndonos que nadie,
Aunque algun silbido ó ruido
Oyese, palabra hablase.

(1) Todos estos y los siguientes son personajes poco conocidos. Segun parece, Pluto le mandó de regalo algo capaz de quitarles fácilmente la vida, como lazos, tósigos ó otras cosas por esté estilo.

Nos acostamos muy bien ;
Mas yo dormido quedarme
No podia, porque estaba
De mí muy poco distante
Una olla de puches llena
De una vieja miserable.
Luego que la oí, me vino
Deseo de levantarme,
Y hurtársela con secreto ;
Y mirando á todas partes
Vi al sacerdote robar
Los higos, nueces y panes
De las mesas, recorriendo
Por su órden los altares,
Por si acaso alguna torta
Olvidada se quedase ;
Todo en el saco lo echaba.
Yo juzgando que era grande
El mérito de esta accion,
Me animé para robarle
Á aquella vieja los puches.

MUJER.

¿Y á Apolo ¡oh el mas infame
De los hombres ! no temiste ?

CARRION.

Sí, por Dios, no fuese que ántes
Llegase con sus guirnaldas,
Y los puches me quitase :
Que tal juicio el sacerdote
Me hizo que del dios formase,
Con su ejemplo. Mas la vieja
El ruido, que al levantarme
Hice, sintiendo la mano
Saca; y yo para causarle
Temor, silbé, y la mordí
Como culebra. Al instante
Ella retiró la mano,
Tapóse al punto con grande
Silencio, echando de miedo
Un hedor intolerable.
Yo, entretanto, me sorbí
De los puches la gran parte,
Y despucs de bien repleto
Volví otra vez á acostarme.

MUJER.

¿Y el dios aun no habia venido ?

CARRION.

No, despues, al acercarse
Hice una cosa muy torpe
Que ahora no quiero contarte.
Despues de lo cual temiendo
Al dios me tapé; él con grave
Y majestuoso paso
Andaba por todas partes
Mirando los que tenian
Algunas enfermedades.
Despues de piedra un mortero
Con su mano y caja trae
Un niño.

MUJER.

¿De piedra ?

CARRION.

Sí;

No, que me he engañado, nadie

Le trajo la caja.

MUJER.

¿Cómo

Pudiste esto ver, infame,
Tapado estando ?

CARRION.

Lo ví

Por la capa, que millares
De agujeros tiene. Luego
Ante todo á prepararle
Un emplasto á Neóclides
Comenzó : de ajos teniales
Tres cabezas machacó
Con goma, y yerbas picantas,
Y con vinagre de Esférico
Roció todo el brevaie,
El emplasto le aplicó,
Y para que le causase
Mayor dolor, las pestañas
Le separa, y se las abre;
Él dió grandes alaridos,
Y pretendia escaparse.
Él dios riendo le dijo:
Encataplasmado, estate
Aquí ; y si con juramento
Comprobar necesitare
No haber podido á la cita
Acudir, he de librarle.

MUJER.

¡Oh, cuán sabio es este dios,
Y de la ciudad amante !

CARRION.

Fuése despues junto á Pluto;
Empezó á manosearle
La cabeza, y con un limpio
Lienzo las concavidades
De los ojos le limpiaba.
Despues le cubrió Panace
Con un pedazo de grana
La cabeza y el semblante.
Dió el dios despues un silbido,
Y al punto del altar salen
Dos horribles culebrones
De corpulencia muy grande.

MUJER.

¡Ay Dios!

CARRION.

Bajo de la grana
Fueron los dos á ocultarse,
Lamiéndole las pestañas,
Segun creo, y al instante,
En ménos tiempo que tú
Apurar un jarro sabes,
Se levantó Pluto sano :
Yo, entónces, que se levante
Hago al sano, y con palmadas
Celebré dicha tan grande.
El dios se desaparece,
Y las sierpes se retraen
Al templo. ¿ Con qué deseo
Juzgas fueron á abrazarle
Los que estaban junto á Pluto ?
De la noche lo restante
Estuvimos sin dormir,

§ 5. TRÁGICOS LATINOS.

Quintiliano nos habla de algunas obras maestras, que se leían aun en su tiempo, comparables á la tragedia griega. Confieso mi incredulidad en cuanto á las obras maestras perdidas, y mucho mas respecto de las hermosas tragedias de gabinete; así, en mi conviccion y en la de todos los críticos, no hubo estrictamente hablando tragedia romana. Pero ¿cuál habrá sido la razon ?

Aunque no se considere la tragedia como el fruto combinado de cierta temperatura y de algunas disposiciones innatas, cosa que no está permitida á la critica ni siquiera á la conjetura, no se puede atribuir la falta de un arte cualquiera en un país civilizado, sino á la circunstancia de carecer de algunas condiciones locales, religiosas, políticas ó de costumbres, que en otro país igualmente civilizado han producido necesariamente este arte, ó á lo ménos contribuyeron á su desarrollo de tal manera, y se hallan á él tan íntimamente ligadas, que es imposible imaginar el arte existente sin estas condiciones, ni estas condiciones existentes sin determinar el arte. Y pues que vemos por una parte florecer el arte de la tragedia en la culta Atenas, como una produccion del suelo, tan indígena como la hiedra en la Acarnania, y el tomillo en el Himeto; y al contrario, penetrar con timidez este arte en la civilizada Roma, implorar allí proteccion y recomendacion de los hombres poderosos, tratar de introducirse bajo el patrocinio de grandes nombres políticos y militares; y luego despues de inútiles esfuerzos y ridículas negociaciones con el público que la rechazaba, retirar todas sus pretensiones á la publicidad escénica, para reducirse á la de las lecturas, es imposible expresar un juicio útil y sensato acerca de este hecho, sino limitándose á decir que existian en Atenas condiciones locales favorables al arte de la tragedia, y que faltaban en Roma: semejante paralelo tanto mas delicado cuanto que aspira á establecerse entre hechos positivos, no está destituido de importancia y de filosofía, como trataré de demostrar.

¿Á qué condiciones locales debió Atenas el teatro trágico, ó sean Esquilo, Sófoeles y Eurípides? De tres clases fueron principalmente: literarias, religiosas y políticas, ó sociales.

I. La tragedia griega, precedida de la epopeya, encontró en esta sus temas y reglas principales. Despues de la rendicion de Troya y una vez cumplidos los oráculos, la gran liga pelágica se disolvió y los héroes de Homero se retiraron á sus casas, en la Estia, donde murieron. Sus hijos pagaron la pena de la gloria de los padres, pues los dioses, que habian jurado que los odios no sobrevivirian á la toma de Troya, los abrumaron con todo género de males. Re-

Hasta que el dia llegase.
Yo dí gracias, y alabé
Al dios con afecto grande,
Porque dió la vista á Pluto,
Tan pronto, y mas ciego que antes
Á Neóclides dejó.

MUJER.

¡Qué poder tienes tan grande
Rey Esculapio! Mas, dime,
¿En dónde á Pluto dejaste?

CARRION.

Pronto vendrá rodeado
De una tropa innumerable, etc., etc.

(Traduccion de D. PEDRO ESTALA.)

Tambien en esta comedia Aristófanes ataca á Eurípides, del cual á menudo es una parodia, sacando á relucir frecuentemente hasta sus mismos versos; y el oráculo de Apolo, con que empieza la comedia, es una imitacion del de *Ione*, tragedia perdida de Eurípides. Este poeta y Aristófanes presentan un contraste singular; el primero, atento únicamente á alabar ó adular su época, como quien trata de crearse amigos; el otro, iracundo y lleno de despecho, como quien no teme enemigos, muerde y azota á los vivos y sus hechos, é invoca la memoria de una edad mas sencilla y por lo tanto mejor en su dictámen. Hasta en el *Pluto* hay un diálogo de Cremilo con la Pobreza, impregnado todo de esta moral. Aquel anciano ve las cosas por el lado mas vulgar, y para él los placeres y las riquezas son la mejor recompensa de la virtud; al contrario, la Pobreza le demuestra que la primera condicion de la sociedad humana es la division desigual de los bienes. Ilustre era en un tiempo la Grecia, y no obstante vivia pobre. Al mismo Júpiter se le debe calificar de pobre, pues que en los juegos olímpicos no se da mas premio que una rama de olivo, mientras que hoy los hombres prodigan las coronas de oro.

En una palabra, el que quiera sujetar á Aristóteles á los principios capitales del arte, hallará que en todas sus comedias pone en lucha las costumbres degeneradas de la edad con el vigor de las antiguas; las argucias inmorales de los sofistas con la rectitud del sentido comun; el vano rumor de las palabras y de las frases con la sencillez de la verdadera poesia. Pero al paso que en aquella sátira inmortal nos reimos de los Atenienses, admiramos un pueblo que no ha tenido igual, cuya frivolidad se ejercia en los negocios mas importantes y en las complicadas cuestiones de la política; que por ocio y pasatiempo tomaba asiento en los juicios, disputaba sobre la filosofía, estudiaba las obras maestras del arte; al que servian de recreo las disputas acerca del mérito dramático de Esquilo ó de Eurípides, del mérito político de Cleon y del filosófico de Sócrates, y que se reía de alusiones y de chistes delicados que no advertiria ninguno cuya inteligencia no estuviese perfectamente educada.